

Homilía del 28 de septiembre de 2014

Con la lectura del Evangelio del domingo pasado, comenzamos a oír una serie de parábolas que Jesús contó como un medio de enseñar a sus seguidores. Una parábola es, por supuesto, una historia, pero no sólo una historia. Jesús cuenta estas historias para ilustrar o enseñar una verdad o una lección moral. Algunas son complejas; otras son sencillas. Pero todas requieren nuestra cuidadosa atención.

La parábola de hoy tiene significado en más de un nivel. En el nivel de la historia en sí misma, a los que tienen hijos nos recuerda de las diferentes maneras en que responden nuestro hijos. A veces el hijo más dócil y obediente se convierte en un adulto resentido e insensible, y a veces el hijo más salvaje y rebelde, a medida que madura, se hace respetuoso y solícito. Por este motivo, les digo a los padres que están preocupados por las acciones de sus hijos que el último capítulo del libro de la vida de su hijo todavía no está escrito.

Pero el foco de Jesús no está en los padres e hijos en esta parábola, porque se dirige a sus paisanos, los judíos, entre quienes vivió y enseñó. En este contexto, el primer hijo representa el judaísmo de su época. Los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo dijeron «Yo voy, señor,» a Dios, pero la práctica religiosa se había convertido en una serie de reglas y ritos. San Juan el Bautista llegó para llamar a la gente al arrepentimiento y a una relación con Dios a fin de preparar el camino para la venida de Jesús. Presentado como el primer hijo, los judíos, en efecto, habían dicho, «Yo voy, señor,» a Dios, pero entonces lo hablaron de boquilla. El segundo hijo represente a aquellos que no habían respondido a Dios. El Evangelio a menudo se refiere a aquellos como «publicanos, prostitutas, y pecadores». Los publicanos y las prostitutas dijeron, por sus acciones si no en palabras, «No quiero ir,» a Dios, y sin embargo creen en el mensaje de San Juan y se arrepienten de sus pecados. Por lo tanto, Jesús les dice a los sacerdotes y los ancianos del pueblo, «Yo les aseguro que los publicanos y las prostitutas se les han adelantado en el camino del Reino de Dios». Los publicanos y las prostitutas respondieron a San Juan y a Jesús; y para la época en que se escribió el Evangelio según san Mateo, los seguidores de Jesús consistían en un grupo mixto de judíos y gentiles que se había convertido de una vida sin Dios a una relación con Dios por medio de Jesucristo nuestro Señor. En términos morales Jesús nos está diciendo que el orgullo y el santurrón son mayores obstáculos para una relación con Dios que el pasado pecaminoso de la gente humilde.

Homilía del 28 de septiembre de 2014

Todavía hay otro nivel de interpretación en la parábola, porque el Evangelio no fue escrito para hablarnos de los judíos, sino fue escrito para enseñar a los cristianos. En algún momento en nuestras vidas cada uno de nosotros ha dicho a Dios, de una manera u otra, «Yo voy, señor,». Ahora viene la pregunta, ¿Cómo cuál de los hijos hemos respondido? Como aclara nuestra primera lectura del profeta Ezequiel, es mucho mejor decir, «No quiero ir,» y luego arrepentir y seguir, que decir, «Yo voy, señor,» y no cumplir.

¿Cómo se parecen nuestras vidas y cuál es nuestra actitud cuando se nos pide trabajar en la viña de Dios? San Pablo responde a esta pregunta, y como leo su respuesta, no pensemos en otra persona sino examinemos nuestros propios corazones:

Hermanos:

Si alguna fuerza tiene una advertencia en nombre de Cristo,
si de algo sirve una exhortación nacida del amor,
si nos une el mismo Espíritu
y si ustedes me profesan un afecto entrañable,
lléntenme de alegría teniendo todo una misma manera de pensar, un mismo amor,
unas mismas aspiraciones y una sola alma.

Nada hagan por espíritu de rivalidad ni presunción;
antes bien, por humildad, cada uno considere a los demás como superiores a sí mismo
y no busque su propio interés,
sino el del prójimo.

Tengan los mismos sentimientos
que tuvo Cristo Jesús

Realmente que cada uno de nosotros busquemos a tener «los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús . . . siendo Dios . . . se anonadó a sí mismo . . .» Dios necesita que todos sus hijos e hijas, sus siervos, trabajen en su viña, como sirvientes que trabajan juntos en humildad y amor. ¡Qué cada uno de nosotros sea ese hijo fiel!